

1923

PÁGINAS ESCOLARES

OCTUBRE DE 1923 AÑO XX.—NÚM. 37



EL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

Estatua de la Iglesia de la Residencia de Gijón (*Coullant Valera*)

QUINTÍN RUIZ DE GAUNA - VITORIA

Velas de cera para el Culto

Calidades Litúrgicas garantizadas

MARCAS REGISTRADAS

MÁXIMA necesaria para las DOS VELAS de la Santa Misa y para el Cirio Pascual.

NOTÁBILI para las demás velas de cera del Altar.

FABRICADAS según interpretación AUTÉNTICA del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 de Diciembre de 1904.

RESULTADO completamente nuevo y tan perfecto, que arden y se consumen, desde el principio hasta el fin, con la misma igualdad y limpieza que las más excelentes bujías esteáricas.

ENVÍOS a ULTRAMAR

«»————«»————«»
CHOCOLATES GAUNA CLASES ESPECIALES

ENVÍOS A TODAS PARTES

ÚNICA CASA ORRICO

GRAN FABRICA DE

Orfebrería Religiosa en metales finos y bronce

— EXPOSICIÓN PERMANENTE —

Variado surtido en Custodias, Cálices, Copones, Coronas, Frontales, Templetes, Sagrarios, Incensarios, Ciriales, Andas, Atriles, Balaustradas, Candeleros, Lámparas, Arañas, etc.

Especialidad en Cincelados y restauración de objetos antiguos.

Se remiten dibujos y catálogos a quien lo solicite.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Despacho: 14, Zaragoza, 14, principal. — Frente al Bazar Giner y arriba Librería Sucesores de Martí

Fábrica: **San Pedro Pascual, 1.**

VALENCIA (España).

LA AMERICANA

Grandes bazares de calzado, sombreros, artículos de viaje, impermeables, gabardinas, paraguas y bastones.

———— CALZADOS ESPECIALES PARA COLEGIALES ————

Especialidad en sombreros para sacerdotes y talleres para toda clase de composturas

———— PRECIOS SIN COMPETENCIA ————

LA AMERICANA Corrida, 64-66.—GIJÓN.
Frúela, 14.—OVIEDO.

Sucursal: "Bazar español" Uría, 38.—OVIEDO

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XX.—2.^a Época.—Núm. 37.—Octubre 1923

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32



LA MÁS ESENCIAL DE TODAS LAS ASIGNATURAS

Os acordáis, amados colegiales, de cómo hace un año, al empezar el pasado curso, os recomendaba el estudio de la asignatura de religión, en orden a que la practicárais toda la vida. Este año os voy a inculcar la misma verdad, exponiéndola en otra forma que quizá sea más instructiva y amena para vuestras infantiles inteligencias. La lección os la dará mejor que yo el autor del catecismo en ejemplos, P. Emilio Ortuzar.

I

Un viajero que venía de lejanas tierras, llegó al anochecer a la entrada de un bosque. No pudiendo detenerse ni volver atrás, se resolvió a atravesarlo, no ostante la oscuridad. Mas cuando iba a penetrar en aquellas tinieblas, se encontró con un anciano pastor, a quien suplicó que le enseñara el camino.

—¡Ah! le dijo el pastor, es muy difícil mostrarle, porque en este bosque hay caminos que se cruzan a cada paso; todos son tortuosos y todos, menos uno, van a parar a un abismo, que rodea todo el bosque. Y debo

advertir a Vd. que este bosque no es sólo una guarida de salteadores, sino que también abundan en él las fieras y serpientes venenosas.

—¿Y no conoce Vd. otro camino que lleve al punto a donde me dirijo?

—No le hay, este es el único. Por compasión me he situado a la entrada de esta peligrosa senda, para proteger a los caminantes, ayudado de mis hijos, que con el mismo fin se hallan apostados en distintos sitios. Así que ofrezco a Vd. mis servicios y si gusta, le acompañaré.

El aspecto favorable del guía inspiraron confianza al viajero que admitió sin dudar la oferta. El pastor toma una luz que pone dentro de una linterna, coge del brazo al caminante y ambos penetran en el bosque; gracias a tan experto guía van evitando los sitios peligrosos y en los cruces de caminos dan sin trabajo con el verdadero. Después de algunas horas, el viajero siente que le faltan las fuerzas.

—Apóyese en mí, le dice el pastor.

Con este auxilio el viajero prosigue su camino; pero a poco observa con angustia que la luz de la lámpara se extingue.

—El aceite se acaba, dice al pastor, y qué será de nosotros?

—No se apure Vd. luego encontraremos a uno de mis hijos que pondrá más aceite en la lámpara.

En efecto, pronto se descubre el resplandor que sale de una cueva cavada en la roca y en sitio inexpugnable. El pastor llama: conocida la voz se abre la puerta de la cueva, donde hallan descanso, alimento y aceite para el camino. Emprendida la marcha andan otras dos horas, hasta que en otro puesto parecido los auxilian del mismo modo.

Los primeros albores de la mañana iluminan el horizonte, cuando sanos y salvos llegan al otro lado del bosque, rodeado por todas partes menos por una estrecha senda, de un abismo cuyo fondo no se descubre, pero del cual sube el ruido de un torrento.

—He aquí el abismo, dice el guía, cuyo fondo invisible está siempre cubierto de vapores. Lo triste es el número increíble de personas que en él se precipitan, por despreciar nuestro auxilio; pocos le aceptan y los más después de haber andado algunas horas con nosotros, nos despiden con desprecio, diciéndonos que los hemos engañado. Pero luego pierden el camino y los que no caen en manos de asesinos o en las fauces de las fieras se despeñan en el abismo. Para atravesarle no hay más que ese puente estrecho, cuya existencia sólo nosotros conocemos; pase Vd. seguro de que al otro lado ya es día claro, y allí está su patria.

II

Somos viajeros de un país lejano, al que caminamos al través del peligroso bosque del mundo, plagado de saltadores que son los enemigos del alma. Las fieras y serpientes son las tentaciones de esos tres enemigos, cuyas mordeduras son mortales. Los innumerables caminos que cortan el bosque por todas partes son los caminos de perdi-

ción eterna, por desgracia muy abundantes. Sólo un camino que termina en el estrecho puente de la muerte conduce al país del cielo.

Este pastor caricativo que está a la entrada para ayudar al que llega es Jesucristo, pastor divino, que bajó del cielo para *alumbrar a todos los hombres que vienen al mundo*. Los hijos que ayudan al bondadoso anciano son sus sacerdotes, que se dedican a la salvación de los demás. La lámpara encendida, que lleva en la mano el pastor y sus hijos es la fe sobrenatural, que *ilumina los caminos oscuros y tenebrosos*. ¿Tendré que decir quiénes son los viajeros dóciles al pastor y quiénes los imprudentes?

Durante el viaje les faltó el aceite y la lámpara estuvo a punto de apagarse. Esta circunstancia, la más importante de la parábola, necesita alguna explicación. Cuando erais muy niños, vuestros padres y el sacerdote os enseñaron las verdades de nuestra santa fe. La existencia y atributos de Dios; la espiritualidad del alma; los premios y castigos eternos; la persona de N. S. Jesucristo; la guarda de los mandamientos y gracia de los sacramentos; la divinidad y necesidad de la Iglesia. Pero esto con ser fácil no se comprende bien en los primeros años.

Y aun cuando después nada de eso hubieráis olvidado ¿no hay mucho más que conocer acerca de Dios? ¡cuántas cosas ignoráis aún! y con tan escasos conocimientos de la ciencia más necesaria ¿os atrevéis a andar tranquilos por el desierto de la vida? Necesitáis pues conservar encendida vuestra lámpara, instrueros completamente sobre las verdades sobrenaturales; acercaros con reverencia a la fuente de la gracia, Jesucristo; elevar vuestro corazón a Dios especialmente al pie del altar. Así no os faltará la luz indispensable en el camino de la vida que empezáis a recorrer.

Esta parábola os explicará con claridad cuánta es la necesidad que tenéis de escuchar con atención desde el principio las instrucciones morales del colegio.

LA MUERTE DEL ABUELO

Ventinueve de agosto... ya van dos años envueltos en tristezas y desengaños, desde que nueva herida de grave hondura, me hizo gustar las hieles de la amargura, y trocose el principio de alegre canto en copiosos raudales de amargo llanto.

Fué una noche tranquila, suave y serena. de azulados ensueños, de encanto llena, en que una triste mano, la de la muerte hizo cambiar de rumbo mi triste suerte, arrancando del fondo del alma mía el amor más sincero que yo tenía.

Aquel hombre adorado, cuya ternura abrió ante mí una senda de vida pura, domando los instintos de mis pasiones, a impulsos de dulzuras y de ilusiones, cerró, mirando al cielo, sus bellos ojos. para no ver más esta tierra de abrojos.

En las del crudo invierno largas veladas, sentados de la gloria junto a las gradas, ¡cuántas veces gozando mi pobre abuelo me cantó mil cantares de fe y consuelo! hasta que de cansancio desvanecido quedaba en su regazo siempre dormido.

Y pasaban cruzando por mi memoria todos los pormenores de aquella historia, que escuché de sus labios unos instantes, de enanos, reyes, hadas, duendes, gigantes, que anhegaban en sueños mi fantasía en un mar de inocencia, fe y poesía.

Al recordar los tiempos de dicha tanta, en que unidos al yugo de vida santa, caminaban dos hombres por un camino sin perder las señales de su destino, no dejo de acordarme con triste anhelo de la noble figura del santo abuelo.

Aunque muchos defectos tenga mi alma, nunca de ingratitudes llevé la palma; y por eso he querido soltar la pluma y lanzar mis cantares entre la bruma



D. Ulpiano Vigil Escalera, colaborador de PÁGINAS ESCOLARES.

de los pobres recuerdos del triste día en que bajó mi abuelo a la tumba fría.

Quiero que débil pluma de pobre niño rinda los homenajes de mi cariño, que desbordado en llanto triste y sincero, encierre los afectos del fiel trovero, y una lágrima al menos, caiga fecunda sobre la de mi abuelo llorada tumba.

He llorado mil veces, he maldecido aquella aciaga fecha que nunca olvido; pero al pensar en ella con honda pena, he mirado en la noche de encanto llena a la bóveda inmensa del dulce cielo, y he sentido palabras de fiel consuelo,

que me dicen: «no olvides la fe bendita que dentro de tu pecho vive y palpita, y cumpliendo en la tierra tu alto destino, espera conseguir al fin del camino, que abrazarás glorioso lejos del suelo, los hoy tristes despojos del santo abuelo».

Termino no olvidando la negra suerte que sobre mí algún día trajo la muerte; pero no maldigamos designios santos que hacen sobre la tierra llorar a tantos; y diré subyugado por santa idea: «puesto que Dios lo quiso, bendito sea».

Ulpiano Vigil Escalera.

Historia de una pluma Estilográfica

A los que padecen de soledad al empezar el curso

Nací en una fábrica de Barcelona y apenas ví la luz de las lámparas eléctricas que iluminaban la sala de la fábrica, fuí encerrada en una caja, en donde dormí por largo espacio de tiempo. La primera vez que me sacaron de este dormitorio comprendí que había salido de mi ciudad nativa, pues oí hablar un dialecto distinto del catalán; me encontraba en Gijón en el escaparate de la tienda de D. Julio Saiz, del que a poco pasaba a unas manos que me miraban con curiosidad.

Era evidente que trataban de comprarme y cambiaría de dueño quizá por última vez; en efecto, después de que me vieron de qué modo cumplía con mi oficio me encerraron de nuevo en mi tumba que pasó al bolsillo de un estudiante que se dirigía al colegio de la Inmaculada. Era el 30 de setiembre y al día siguiente empezaba el curso.

Es este colegio muy hermoso y alegre y según he podido ver hasta ahora también lo están los niños por regla general. Por eso fué mayor mi extrañeza, cuando a los dos días de abiertas las clases, mi dueño, que no quiero descubrir a la vergüenza de los demás, me cogió con despecho para escribir con la sangre negra de mis venas el siguiente billete, cifra de sus afectos:

«*Rd. Padre Prefecto.*

Tenga la bondad de dispensarme, pues no soy yo el que escribo: es el fondo de mi corazón; puede estar tan seguro de ello como que Vd. se llama Rafael del Castillo. Escuche la voz de mi corazón. Ya no puedo más; he sufrido infinitos martirios y creo que si no los hubiera ofrecido a Dios, ya estaría donde yo me sé; las lágrimas me asaltan de los ojos, sudo tinta, no me entran las letras. Escriba, escriba, Padre; créame, escriba a mi familia, dígales que vengan a buscarme; cuando estudio tengo la cabeza floja. El trabajo me daña la salud. Si no estudio las riñas y castigos me acosan, rompo a llorar y me revienta el corazón.

Vd. que es tan bueno, al recibir estas letras me dará, según espero, un gran *consuelo*: (aquí de nuevo rompo a llorar; *Consuelo* es el nombre de mi madre); ya ve Vd. cómo estoy. Así que escriba hoy mismo a mi casa, diciéndoles que vengan por mí. Su affmo...

N. N.»

La prudencia me dicta no escribir la firma de mi amo; es uno de los secretos que me reservo. Pues señor, a los pocos instantes de haber puesto la firma, mi hombrín fué llamado por el P. Prefecto (hum!); iba yo asomada al bolsillo del pañuelo, y como soy de mío curiosa, presencié todo cuanto ocurrió. Cuando entramos en su cuarto el P. Prefecto estaba con una cara indefinible, entre serio y alegre:

—Conque quiere Vd. marcharse a X...?
—comenzó preguntando el P. Prefecto.

—Sí, Padre.

Entonces el Padre, al verme asomando curiosa la cabeza sobre el borde del bolsillo, tomome y cogiendo silenciosamente un trozo de papel me hizo escribir lo siguiente, en grandes caracteres de imprenta:

X... GRAN VELOCIDAD-CONTENIDO:
UN NIÑO LLORÓN MUY FRAGIL.

Enseguida engomó el reverso del papel y se lo pegó al muchacho por la espalda. Mi amo entonces, haciendo un esfuerzo, logró arrancarlo y lo arrojó al suelo.

—¿Que? no quieres ya ir a X...?

—Así no,—respondió él medio riendo y llorando.

El Padre le hizo entonces algunas reflexiones paternales y antes de salir del cuarto ya las lágrimas habían cesado, dando lugar a una franca sonrisa.

Al día siguiente muy de mañana me tomó de nuevo mi diminuto dueño, y escribió dos billetes muy distintos al anterior. El primero decía:

«*Rd. Padre Prefecto: desearía que me dejara leer en el comedor, pues quiero ser hombre de estado; para ello necesito ser buen orador, y para ser buen orador es necesario acostumbrarse a dominar el público leyendo en el comedor. Su affmo.*

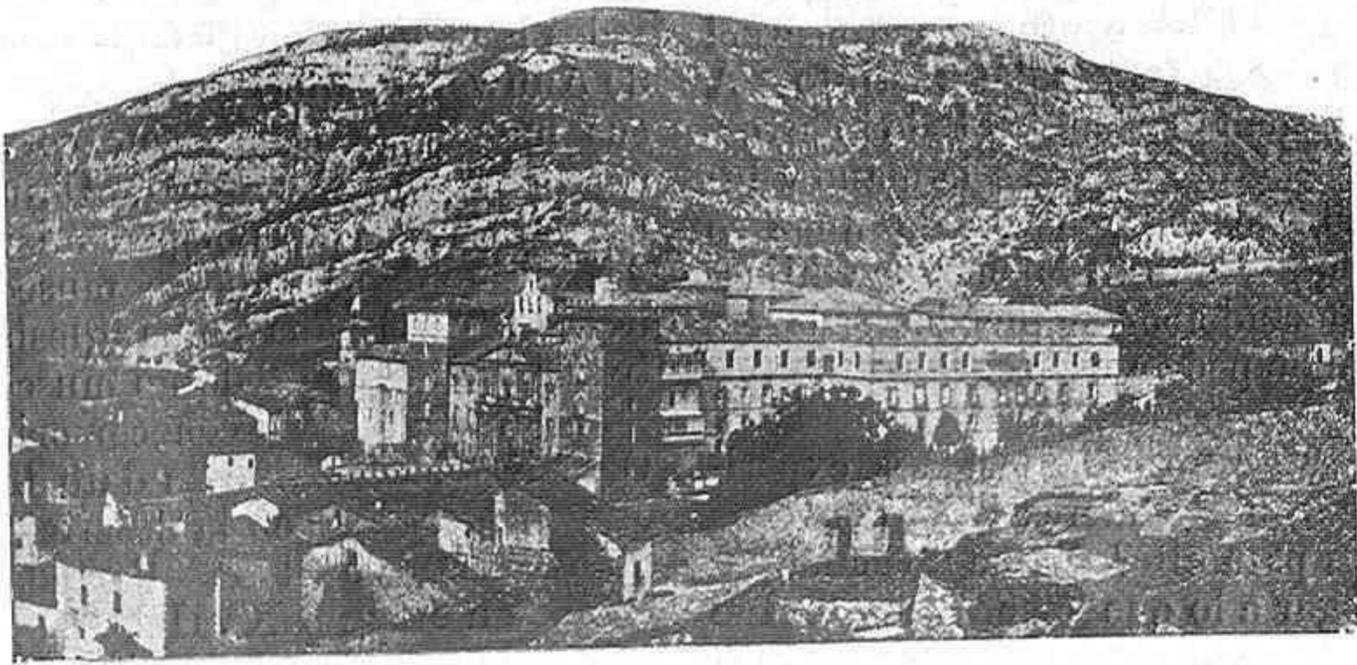
N. N.»

El segundo papel era para los de su casa y les decía:

«Yo estoy tan contento como pueden Vds. suponer. No he sentido tristeza ninguna, porque sé que esos sentimientos al principio del curso son propios sólo de niños llorones. Lo mismo le dije aquí al P. Prefecto, que me preguntó si estaba triste. Su hijo que los abraza.

N. N.»

Se ve que mi dueño había entrando de nuevo en el torrente de la vida escolar. Aquel ataque de murria había desaparecido por completo.



Vista general del Colegio de Oña (Burgos)

Como se domestican los pájaros

En algunas ciudades más del extranjero que de España te habrá llamado la atención la domesticidad de las palomas que vagan libres por las calles y asedian al transeunte que se propone darlas comida. Recuerda el cuadro de Moreno Carbonero «*Las palomas en la plaza de San Marcos*». Algo más difícil es conseguir de otros pájaros cosa parecida; sin embargo hasta los ariscos gorriónes parecen perder su exagerada desconfianza en las ciudades del norte de Europa, donde los verás venir hasta los pies del transeunte que los echa una miga de pan en medio del paseo o de la plaza.

Pero en nuestros países, en los que los muchachos se destetan acanteando pájaros, ¿cómo conseguir que éstos vengan a la mano, sueño dorado de los niños? tal domesticidad parece reservada a los cantores pájaros de jaula. Y con todo yo conozco un lugar en donde no uno sino muchos y de diversas especies de esos que nunca perdieron su libertad aprisionados entre el metal de las doradas rejas, están domesticados.

Durante varios años viví yo en el lugar a que me refiero y era cosa admirable ver lo que hacían aquellos animalitos. El acercarse a uno era lo de menos; tomar la comida de la misma mano era lo ordinario y hasta llegaron mis compañeros a conseguir dar de comer a la madre en su mismo nido. Ni que decir tiene que esto ocurría en cualquier parte de la huerta y a vista de todos.

Sin duda creyeras ser aquello remedo del Paraíso terrenal, si al pasearte por la espaciosa huerta hubieras tropezado con varios pinzones que puestos unas veces delan-

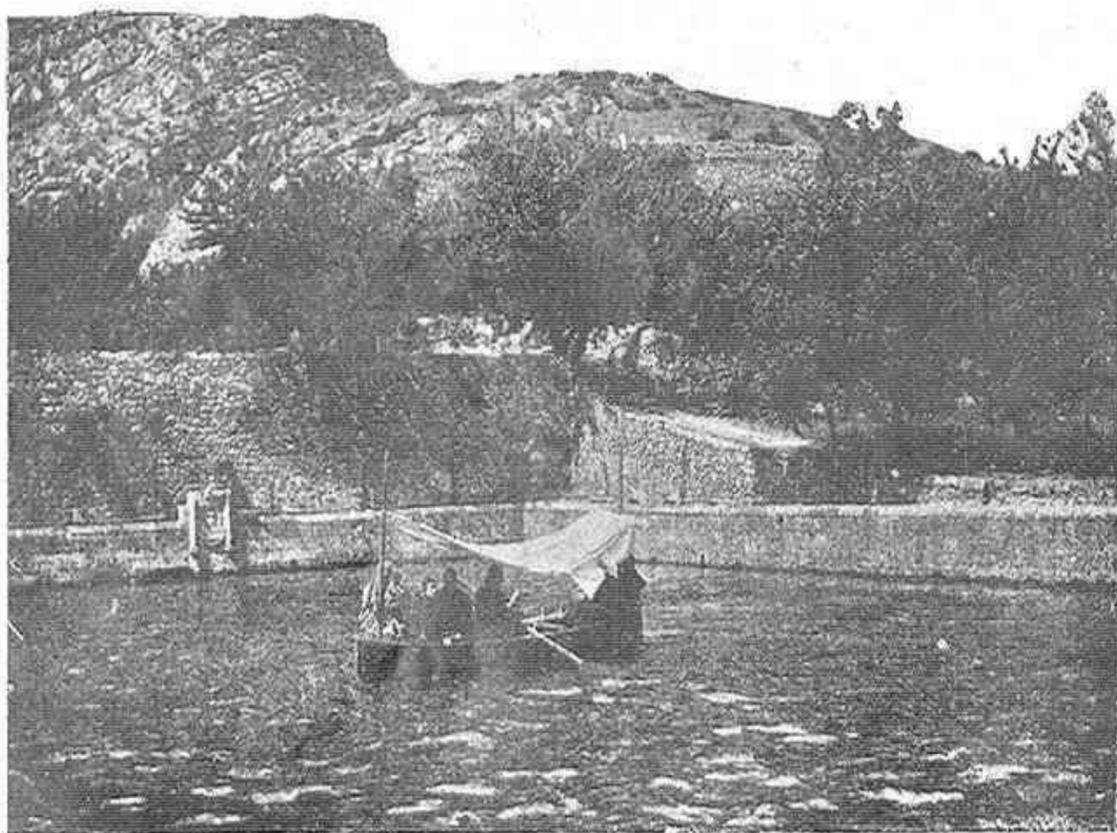
te de tí, otras piando por el aire sobre tu cabeza, o colgados de las frondosas ramas de los tilos, te piden de comer. Y subiera de punto la admiración si no viendo a ningún pájaro en tu paseo, te aventuraras a tirar al aire unos pedazitos de nuez, su mayor golosina; porque en el mismo instante aparecerían como por encanto varios pinzones que trazando vueltas caprichosas en el aire, van tras el manjar, que con rara habilidad cogen al vuelo, sin que se les caiga al suelo ni una vez.

Si el calor del verano o el frío del invierno que en aquella región suele apretar bastante te impiden salir a la huerta no por eso desesperes de recibir visita; basta que como condición abras la ventana y les pongas en tu mesa o pupitre un pedacito de nuez para que a diario tengas hasta varios compañeros, que te hagan más llevaderas las ocupaciones.

Hay con todo una temporada del año en que los pinzones más se acercan y en que procuran afianzar más su amistad; esta va precedida de otra, de unas tres o cuatro semanas poco más o menos, en que rompen casi por completo. Allá por la primavera, hacia fines de abril o principios de mayo, cuando todas las aves alegran con sus trinos el campo y este se viste de gala ostentando toda su lozanía y verdor; cuando la naturaleza parece proponerse ejecutar un himno sublime en honor de su reina, María; entonces los pinzones como apartándose del ritmo común aparecen más silenciosos que nunca; diríase que son una nota discordante y no es así; pues en ese mismo silencio están dando toda la gloria de que son capaces a su Dios, y están preparando los nuevos adoradores que en breve los reemplacen.

Pasado este período vuelven a alegrarlo todo con su agradable canto y entonces sí que se manifiesta la fuerza del instinto. A trueque de alimentar sus crías todo lo arrostran; entonces sí que vienen a la mano y luchan entre sí y si los pedacitos de nuez se repiten mucho, traen allí mismo sus hijuelos y desmenuzando con su pico los pedazos, se los van dando poco a poco sin probar ellos un solo bocado.

Eso y más que eso lo he visto y experimentado yo mismo. ¿Quieres saber cómo nos arreglábamos para ello? Sigue leyendo y lo verás. El llegar a lo que te he descrito fué obra de muchos años y era menester un cuidado especial. Allí por de pronto a nadie se le ocurría quitar un nido y el tirar a los pájaros una sola piedra hubiera sido dar al traste con todo. Al principio se procedió



Oña, —Lago, manantial abundantísimo de agua

con cautela; los pedacitos de nuez se les echaban muy lejos, después más cerca, y luego más, hasta que poco a poco vinimos a conseguir todo lo antes descrito.

¿Quieres ahora saber cual es el lugar de que te hablo? Tú como buen geógrafo sabrás muy bien los pueblos de España, si no todos, al menos los más importantes y aunque esto no sepas habrás oído hablar alguna vez de Oña la bella, quizá la habrás visitado, tal vez hayas tenido allí alguno de tus profesores y quién sabe, puede ser que hasta hayas tenido ganas de ver si es verdad lo que te he contado.

Como gran entusiasta por las misiones sabrás que durante siete años estuvo allí la

redacción del *Siglo de las Misiones* y que todos los años salen de Oña para la misión de Anhwei, (China) varios misioneros y que sus moradores mantienen correspondencia con todos los misioneros de China y Carolinas y con varios obispos misioneros; allí verías uno de los mejores museos de misiones de toda España y una iglesia y un claustro gótico que son todo un museo de arte.

¿Quieres todavía conocer más despacio a Oña? No añadiré sino un dato de los muchos que puedes leer en la descripción que hace del monasterio el P. Barreda, monje del mismo en el siglo XVIII. Después de describir este autor la maravilla de los manantiales de los que corre un caudaloso arroyo (cerca de 1.000 litros por minuto a la temperatura de 7 a 8° centígrados) añade:

«El recreo en fin de los estanques, cauce y cascada es sobremanera grande, no solo por lo artificial y natural más también por la abundancia de truchas, que andan cruzando por todas estas piezas de recreo, y que viendo a los monjes asomarse a sus antepechos o espolones salen a recibir el cebo que les echan, y muchas veces saltando del agua, recibirlo; que tan domesticadas están como todo esto».

Enteramente como en la actualidad que por el lago adelante le van siguiendo al que pasa, con solo que vean su sombra deslizarse por la orilla del canal. Aunque en honor de la verdad la domesticidad de las truchas es harto más difícil que la de los pájaros.

Una vuelta a la caída de una plácida tarde por el paseo de los tilos, de los que os salen al paso a saludaros una multitud de pájaros; por la orilla del caudaloso cauce, cuyos moradores os van siguiendo a lo largo de la orilla, son impresiones inolvidables.

Si por lo dicho te tienta la curiosidad de conocer Oña, lee la obra del P. Enrique Herrera: *Oña y su real monasterio*, y verás que aún me quedo corto en lo que digo. En suma, lector amigo, que de dicho monasterio y sus moradores conservo muchos y gratos recuerdos que jamás se borrarán de mi memoria.

SECCIÓN LITERARIA

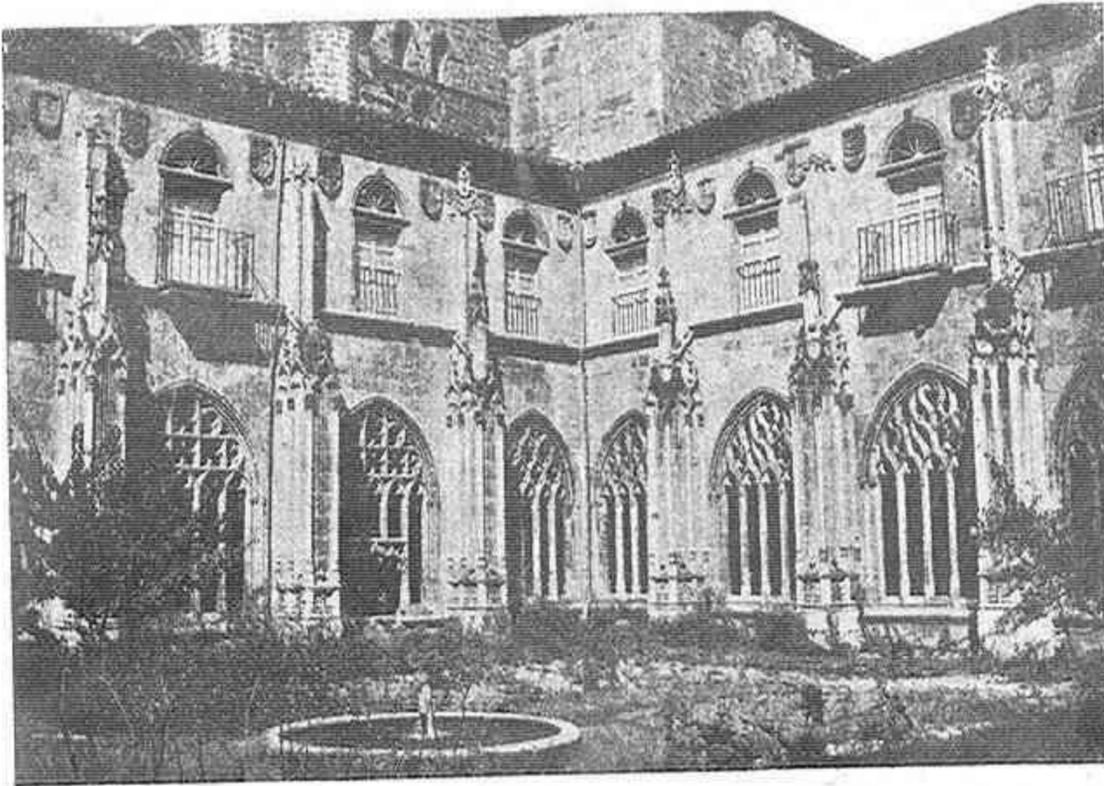
ATILA

Novela inspirada en la vida del Colegio

A todos estos chicos—continuó D. Rodolfo—se les ha dado la preparación necesaria en un Colegio de Villaclara, que dirige un amigo nuestro, un D. Domingo. Son un poquillo traviosos, pero vienen animados de los mejores propósitos ¿No es verdad muchachos?

Todos inclinamos la cabeza en señal de aprobación.

—Este—refiriéndose a Atilano—aunque tiene fama de inquieto y revoltoso, es de buenos sentimientos. Mire V. Padre; al detenernos en la capital de nuestra provincia ha comprado un regalito para el P. Rector y otro para el P. Espiritual, ¿Qué creará V. que ha comprado? Pues nada menos que dos crucifijos. ¿Dónde los tienes, Atilano? Enséñalos al P. Prefecto.



COLEGIO DE OÑA.—Claustro gótico.

—Deje, deje V.; ya los veré. Estarán en el baul, seguramente—replicó éste.

A Atilano se le puso un nudo en la garganta y no acertó a contertar palabra.

Acompañados del Prefecto y de D. Rodolfo salimos de la sala de visitas y nos fué aquel enseñando el colegio. No tardó en aparecer el P. Rector, quien se agregó a la comitiva.

—Aquí tiene V. Padre, una honorable representación de Villaclara—dijo el Prefecto.—Los colegiales Canseco, Rodríguez, Torrente, Pérez y Peñascal.

—Ya veo, ya—manifestó el Rector.—Todos ellos me parecen muy formalitos y muy buenos.

—Aquí tiene V. a Atilano Torrente, que ha te-

nido la ocurrencia, impropia de niños, de comprar para V. un crucifijo y otro para el P. Espiritual—añadió el Prefecto.

A Atilano volviésele a formar por segundo vez un nudo en la garganta.

Seguimos pseando por el colegio y por fin el P. Prefecto, sacando un cuadernillo de notas y examinándolo un momento, dijo:—Vamos a ver cual es vuestro sitio en esta casa: Atilano y Hermógenes pertenecen a la segunda división. Los demás sois de la tercera. Los jueves y algunos domingos, con el permiso del P. Inspector, podréis veros y hablaros durante el recreo de las dos y media. Ahora lo primero que vais a hacer es poneros las blusas y enseguida a correr al patio. Vuestra clase es aquella—nos dijo a Mariano, a Rodríguez y a mí, señalándonos la de preparatoria superior que dirigía el Valdenegro. La de Atilano y Hermógenes es aquella otra, que se halla a cargo del P. Garzón. Ambos profesores son muy buenos y muy cariñosos con los niños.

Nos separamos de los Padres y D. Rodolfo; nos pusimos nuestras respectivas blusas e hicimos nuestra entrada en los patios. Suspendiose en ellos el juego por breves momentos. Todas las miradas se clavaron en nosotros. El P. Inspector nos recibió con afecto y nos hizo las preguntas de rigor en tales casos.

Después de comer volvimos a la sala de visitas, donde nos esperaba D. Rodolfo para despedirse de nosotros.

—Vaya, niños—nos dijo—.Yo me marcho. Ahora, que seais buenos y aplicados y que dejéis bien puesto el pabellón de Villaclara. Nos acercamos todos a D. Rodolfo instintivamente y sentimos dentro de nosotros cierta tristeza, pues mientras nos hallábamos al lado del señor Peñascal, nos parecía que estábamos aún en nuestro pueblo. Comenzaron los ojos a humedecerse un poquito—Conque ánimo, muchachos—insistió D. Rodolfo—. Un año pronto pasa. ¿Se os ofrece algo para vuestro pueblo?

Y diciendo esto nos besó y nos dejó a cada uno un duro. Le acompañamos hasta la puerta de la calle y, algo emocionado, le vimos desaparecer en un recodo del camino, diciéndonos adiós con el pañuelo.

Sin proferir una palabra dimos la vuelta con rumbo a la sala de estudio. Cuando llegamos al primer descanso de la amplia escalera de piedra nos detuvimos un instante; inconscientemente formamos un corrillo, mirando todos hácia el suelo.

Luego levantamos la vista, nos miramos unos a otros y quisimos decirnos algo;... pero no pudimos. Las lágrimas asomaron a nuestros ojos y lácticos y mohinos continuamos subiendo la escalera de piedra.

Cuando cruzábamos el tránsito que dá entrada a las salas de estudios, exclamó Atila:

¡Ay Villaclara del alma; cuándo te veré yo!

III

COMIENZA EL FUEGO

Mariano Pérez, Pio Rodríguez y yo pertenecíamos a la clase de Preparatoria Superior y Hermógenes y Atila a la de primero de Latín. De aquella estaba encargado, como hemos dicho el P. Valdenegro, y de esta, el P. Garzón.

Quedábamos, por lo tanto, separados en la clase y en la división; pero, como vecinos todos del mismo pueblo, habíamos obtenido del P. Prefecto la gracia de poder comunicarnos los jueves y algunos domingos, siempre que nuestra conducta lo mereciese. Pocas esperanzas teníamos de ponernos al habla con el compañero Atila, pues era de suponer que su temperamento levantisco no le hiciese acreedor a la gracia concedida. En cambio con Hermógenes, de índole pacífica y siempre inclinado al bien, ya era otra cosa.

Antes de pasar adelante debo consignar aquí que las cuatro cajetillas, digo, los restos de las mismas habían conseguido burlar el *bloqueo*. Atila se había quedado con treinta pitillos y yo con veintiseis.

Pero dejemos ahora a Atila y Hermógenes para decir algo de nuestros primeros hechos de armas.

El P. Valdenegro era simpático y de carácter alegre y decidor. Siempre se veía en sus labios la

sonrisa. Moreno, de buena estatura, de ojos negros y penetrante mirada, gastaba el pelo un poco largo y llevaba el bonete casi siempre echado hácia atrás, haciendo resaltar más su despejada frente, que aparecía surcada por incipientes arrugas. Su clase, como todas las demás, estaba en la planta baja del edificio y tenía una amplia ventana que daba a la huerta. A la derecha de aquélla había una tarima y sobre esta se hallaba la mesa del profesor. En la pared de la izquierda había un encerado y en la de la derecha, varios mapas. Los bancos ocupaban el centro de la clase, y a los lados de los mismos quedaban los correspondientes pasillos.

Entramos por primera vez en la clase que queda descrito. El P. Valdenegro pronunció una oración, que todos oímos en pie.

—Sentaos—nos dijo el profesor después que hubo terminado.

Todos nos sentamos inmediatamente y continuó el Padre:

—¿Sabéis a qué venimos aquí?

Todos callaban.

—¿Sabéis—insistió—a qué venimos aquí? El que lo sepa que levante el dedo.

Mariano fué el único que lo levantó.

—Esta muy bien—agregó el profesor—, Aquí tenemos a un muchacho, que vá a decirnos algo bueno. Vamos a ver ¿a qué venimos aquí, Sr. Pérez?

Mariano, al verse tratado de señor por primera vez en su vida, se ruborizó un poquito, pero reponiéndose pronto, contestó algo sonriente:

—Pues venimos aquí a estudiar.

—¡A estudiar! Muy bien Sr. Pérez.

—Y para estudiar ¿qué se necesita?

—Para estudiar se necesita comer, (*carcajada general*).

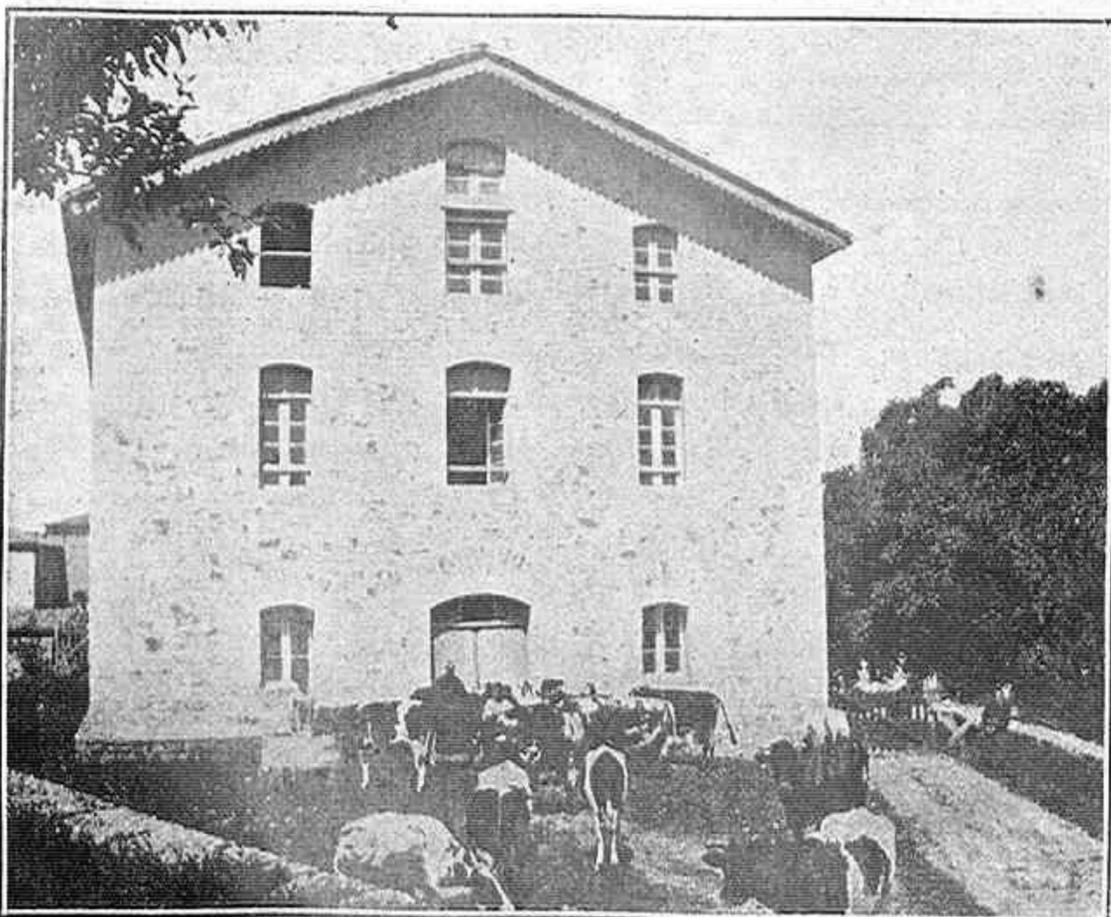
—No está mal del todo la contestación. *Primum vivere, deinde philosophare*. ¡No hay que reirse, señores! Pero para estudiar se necesita algo más, Sr. Pérez.

Al Sr. Pérez se le habían agotado los recursos y permanecía en pié con los brazos cruzados y con la cabeza inclinada.

En tanto yo, desde uno de los últimos bancos de la clase, levantaba el dedo impaciente como mostrando deseos de contestar a la pregunta del P. Valdenegro.

—A ver, Sr. Canseco—exclamó este—; ilústrenos V. con su opinión, pues parece que tiene V. deseos de decirnos algo ¿Qué se necesita para estudiar?

—Memoria, entendimiento y voluntad—exclamé yo.



OÑA.—Vaquería.

—¡Toma! Esas son las potencias del alma—pro-
rumpió Rodríguez sin previa autorización para
hablar.

—Sr. Rodríguez—gritó el profesor—; a V. na-
die le dá vela en este entierro. Aquí no estamos en
el colegio de D.^o Toribio.

De modo que todos vosotros venís deseosos de
estudiar ¿No es eso?

—Sí, señor—contestamos todos en voz alta.

—Está bién, niños; vamos a estudiar; pero va-
mos a estudiar distrayéndonos. Soy enemigo del
castigo. Prefiero que estudiéis por la emulación y
el estímulo y quiero evitar el disgusto de castiga-
ros ¿Qué os parece?

—¡Muy bién; nos parece muy bién!

—¡Atención!—continuó el profesor—. Roma y
Cartago van a ser desde hoy vuestras respectivas
nacionalidades. Vamos a dividir la clase en dos
partidos.

El P. Valdenegro trazaba a grandes rasgos el
caracter y rivalidad de estas dos famosas repúbli-
cas y ponía de manifiesto a los alumnos su famoso
proyecto de hacernos a unos cartagineses y roma-
nos a otros.

—Es verdad que se parece mucho. Ya me estoy
fijando.

En esto, el P. Valdenegro seguía explicando que
iba a dividir la clase en dos partidos: Roma y Car-
tago y se extendía en atinadas consideraciones
acerca de las guerras Púnicas. Pero notando el ani-
mado diálogo que Mariano y Rodríguez sostenían,
interrumpió de repente su discurso y dirigiéndose
a mis dos convecinos, dijo:

—¡Esos dos señoritos cotorras que se levanten
y me digan qué estaba yo diciendo en este mo-
mento.

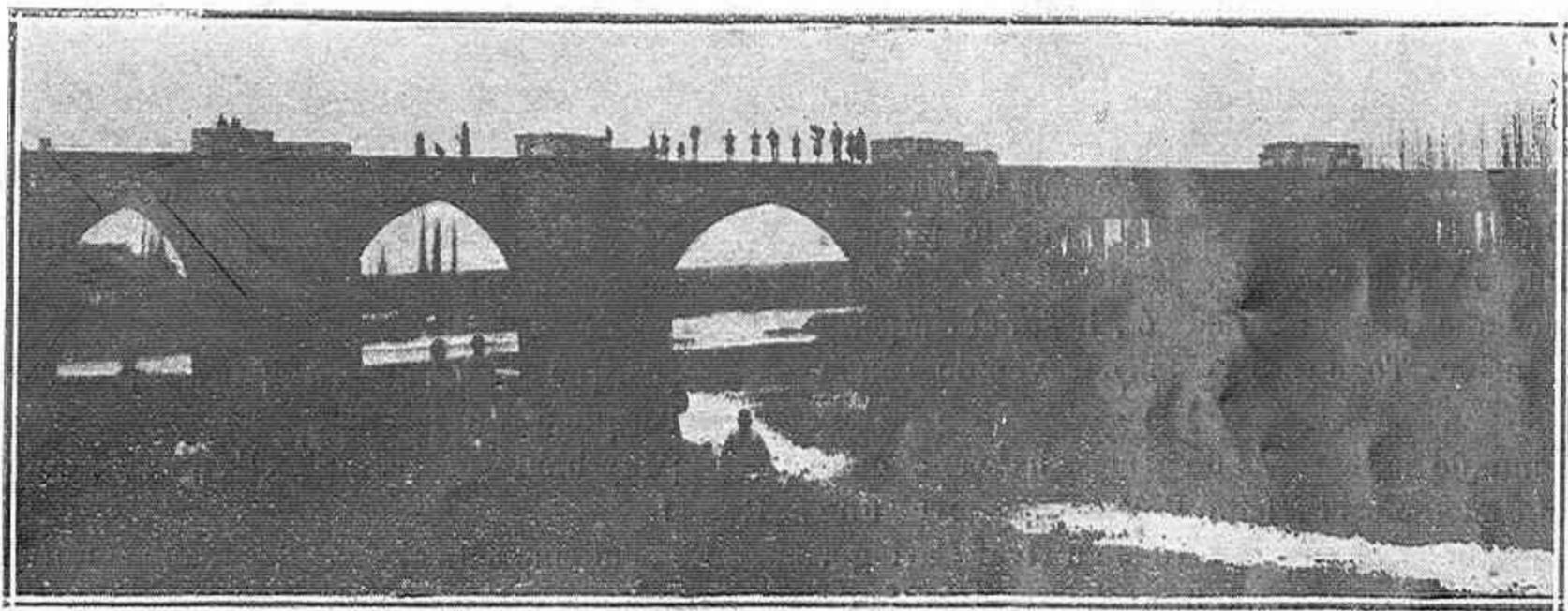
Levantáronse al punto los interpelados y con
los brazos cruzados sobre el pecho y más colorados
que unas amapolas, fueron por un momento obje-
to de todas las miradas. Como es natural no po-
dían contestar a la pregunta del profesor. Yo me
hallaba sentado detras de Rodríguez y este me lan-
zaba miradas angustiosas en demanda de auxilio.

Yo, esforzando la voz todo lo posible, le decía a
Rodríguez:

—¡De las guerras Púnicas!

—¿De qué?—me decía Rodríguez.

—¡De las guerras Púnicas, hombre!



CARRIÓN DE LOS CONDES. - El río Carrión y la media puente (Siglo XVII).

Mientras el P. Valdenegro disertaba acerca de
este punto, Mariano y Rodríguez, estaban juntos
en uno de los bancos, sintieron apremiante nece-
sidad de comunicarse algunas impresiones, y aga-
chando un poco la cabeza y poniendo la mano
delante de la boca, a guisa de tornavoz, dijo el pri-
mero al segundo:

—Oye, Rodríguez, ¿no te fijaste en la berruga
que tiene el P. Valdenegro junto a la nariz? ¿Porqué
no se la cortará?

—Toma; porque no le dará la gana.

—Pues mira, D. Toribio tenía una en el mismo
sitio y se la quemó con nitrato de plata.

—Oye: ¿no es verdad que el P. Valdenegro se
parece algo a D. Ezequiel el Boticario de Villa-
clara?

—Pues en este momento—replicó Rodríguez con
gran cara dura—estaba V.^o hablando de las gue-
rras Púnicas.

—Y ¿qué más decía yo de esas guerras, Sr. Ro-
dríguez; ¿qué pasaba en esas guerras?

—Pues pasaba que andaban a tiros y a golpes y
se tenían mucha rabia unos a otros y era aquello
un continuo movimiento.

—Siéntense Vds. Los que se hallan en conti-
nuo movimiento son Vds. dos. Usted, Sr. Rodrí-
guez se vá a sentar aquí en el primer banco,
donde yo le vea de cerca. Véngase usted para aquí.

Obedeció Rodríguez y continuó el profesor:

—Vamos pues, a dividir la clase en dos parti-
dos: Roma y Cartago. Los del lado izquierdo, a
partir de aquí, sois cartagineses, y los de derecho,



Japón.—Aspecto de algunos templos paganos

romanos. En cada bando habrá un decurión y un consul. Habrá también un Emperador, el cual tendrá su *trono* aquí en esta silla (*señalando una junto al encerado*). Cada soldado de Roma estará numerado y lo mismo los de Cartago. Cuando yo pregunte la lección a uno de los de este partido, por ejemplo al número veintidós, se levantará al mismo tiempo el soldado de Roma que tenga igual número. ¿Vais entendiendo? Cada soldado de un bando será corregido por el soldado del mismo número del bando contrario. Los sábados habrá desafíos. Un soldado puede desafiar al que le precede en número y si le vence puede desafiar después a todos los que estén antes que él, hasta al Emperador inclusive. Todo esto ya lo ireis viendo con la práctica.

En una de las paredes de la clase había dos cuadros pintados por el mismo P. Valdenegro: el uno representaba a Roma y el otro a su rival Cartago. Los cuadros en su anverso figuraban el triunfo de la potencia respectiva, y en el reverso, la derrota con todos sus horrores. En ellos se veía una fortaleza con sus soldados, foso, puente levadizo etc., la imaginación del P. Valdenegro había encontrado ancho campo donde esplayarse, dando rienda suelta al lápiz y al pincel. Los soldados de Roma y de Cartago aparecían a nuestra vista con sus cascos, sus pesadas armaduras y sus escudos. Cuando la potencia resultaba victoriosa ondeaba la bandera sobre un castillo almenado que se destacaba en el

fondo del cuadro. Cuando por el contrario, era vencida, los soldados aparecían derribados por tierra, el castillo medio derruido y debajo el trágico lema de «¡*Vae victis!*»

Cuando al fin de la semana se hacía el escrutinio de puntos el P. Valdenegro exclamaba:

—¡Ha salido vencedora Roma!

Y acto seguido echaba mano a los cuadros y ponía a la vista del público el lado que representaba el triunfo de Roma y el que retrataba la derrota de Cartago.

Preguntaba, por ejemplo, el profesor la lección a un soldado de Roma, que tenía el número catorce, y al mismo tiempo que este se ponía en pie, hacía lo propio el número catorce de Cartago.

—Vamos a ver, Sr. Rodríguez—exclamaba el profesor—; díganos V. el presente de indicativo del verbo *nevar*.

Rodríguez se levantaba enseguida de su asiento y sin pararse en pelillos ni en copos de nieve, contestaba:

—Yo *nievo*, tu *nievas*, él *nieva*, etc.

En el mismo instante Pérez, número catorce de Roma contestaba:

—¡Eso está mal!

—¿Porqué está mal?—replicaba el profesor.

—Porque es impersonal.

—¡Muy bien—prorrumpía el profesor; punto a Roma!

En el mismo acto el Consul romano apuntaba en un cuadernillo el punto obtenido.



Japón.—Movimiento en una calle céntrica de la capital.



Japón.—Un monumento en una de las plazas de Tokio

La catástrofe del Japón

El día 1 de setiembre un viento extraordinariamente caliente que empezó a la mañana parecía anunciar a los habitantes del reino japonés que algún gran cataclismo se avecinaba. En efecto a mediodía empezaron a sentirse los primeros temblores de tierra, con bruscas sacudidas que duraron hasta la puesta del sol.

Pronto comenzaron los incendios. La noche del día 2 de setiembre de 1923 será noche de luto en lo sucesivo para el imperio del sol naciente. La rotura de las cañerías de gas y de los cables eléctricos produjeron tal multitud de incendios que bien pronto la gran capital con sus 15 barrios quedaba convertida en inmensa hoguera, que completaba la obra destructora del terremoto.

También las aguas del mar, internándose en forma de gigantescas olas, amenazaban tragarse en el abismo a las ciudades costeras.

Los elementos parecían ensayar la terrible tragedia que precederá al fin del mundo. El estallido de la aduana y de los depósitos de explosivos aumentó la catástrofe.

Han ocurrido fenómenos sísmicos tal vez de más intensidad, pero

ninguno de más mortandad; el actual tenía su epicentro en la misma boca de la bahía de Tokio, a cuyas orillas se asomaba una población de más de cuatro millones de japoneses.

La noche del día de Inocentes de 1908 con todo el séquito de fenómenos descritos arriba, no se borrará de la memoria de los mesineses; 200.000 sicilianos pagaron con su vida la pesada danza a que se entregó el suelo de las inmediaciones del Etna. Pero

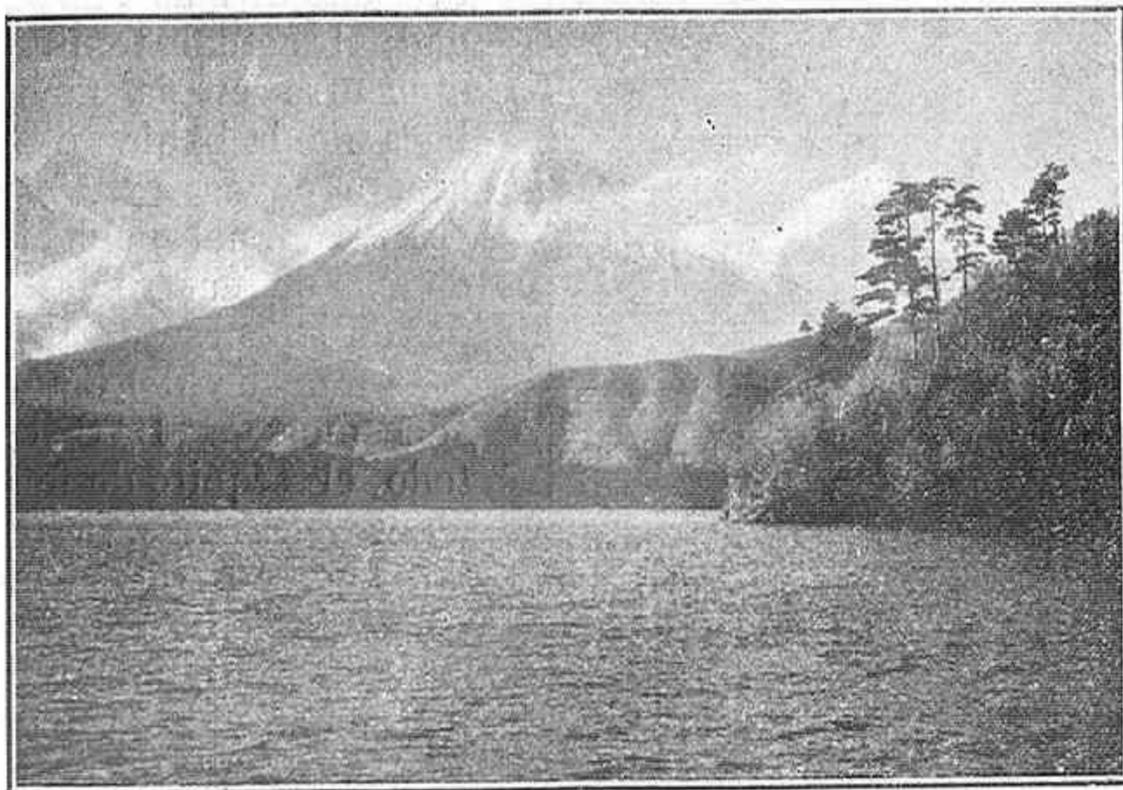
el faro de Mesina no es el canal de Uruga, ni el pequeño y bondadoso Encélado tiene que ver con el titánico Fusijama, ni Mesina es más que una aldea comparada con la populosa Tokio.

No es fácil calcular el número de víctimas; pero aún prescindiendo de las exageraciones que en un principio las elevaron a millones, y conociendo que no puede darse un cálculo exacto por haber perecido muchos registros oficiales, lo menos que puede suponerse teniendo en cuenta los datos que de allá nos llegan, es que su número es superior al doble de las habidas en el cataclismo siciliano de 1908; y si se agregan las que han acaecido los días siguientes, efecto del abandono y el hambre, ha de elevarse mucho más aún la cuenta.

Las pérdidas materiales son incalculables.



Japón.—Una de las calles de Tokio recientemente destruida



Japón.—Paisaje, lago y volcán nevado

bles; de 20 a 25 mil millones de pesetas echando corto. Una de las consecuencias del suceso será la disminución de la influencia política japonesa, por la pérdida de varias unidades de su flota, como los dos grandes navíos Aci y Nikasa. Aprendan en cabeza ajena las demás naciones a temer la ira de Dios que tantas abominaciones privadas y oficiales tiene que castigar.

JAPÓN CONTEMPORÁNEO

EL IMPERIO. — La metrópoli mide 386.000 kilómetros cuadrados, o sea poco más de tres cuartas partes del territorio español metropolitano, y lo constituyen cuatro grandes islas y 408 islas adyacentes. Las colonias forman el 43 por 100 de todo el territorio nacional.

El Imperio, mide, pues, más de 682.000 kilómetros cuadrados, con 431 islas, sin contar otras más pequeñas e innumerables islotes.

La metrópoli contaba con 56 millones de almas, según el censo de 1920, y las colonias unos 22; en junto, alrededor de unos 78 millones de habitantes. Hay algo más de hombres que de mujeres.

En Japón hay cerca de un centenar de españoles: la colonia china es la más numerosa. Fuera de Japón viven unos 600.000 japoneses, casi la mitad en China y la cuarta parte en Estados Unidos.

Las poblaciones principales del imperio son:

Tokío, capital y la que más ha padecido en la actual catástrofe; su población es de casi 2.500.000. — Osaka, 1.500.000. — Kioto, 600.000. — Kobe, 540.000. — Nagoya, 530.000. — Yokoama (casi destruida) 480.000

— Hiroshima, 170.000. — Nagasaki, 165.000.

El comercio interior como exterior y la pesca son de importancia. En el año 1919 había 42 Bolsas comerciales, con más de 1.000 corredores y operaciones considerables. Se contaban más de 26.000 Empresas mercantiles, 12,553 Cooperativas y millares de Sindicatos de comercio. Son numerosas las Empresas eléctricas y de gas.

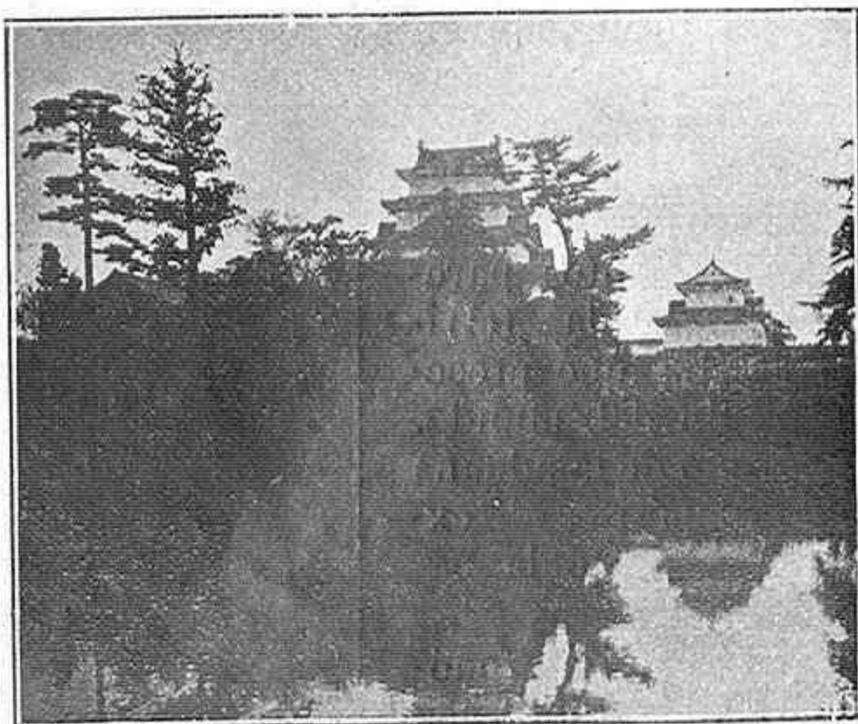
Hay 473.357 kilómetros de caminos ordinarios y 350.439 puentes, 13.210 kilómetros de ferrocarriles, con gran preponderancia de los del Estado.

Los tranvías, carruajes de caballos, carretas de bueyes, carros, automóviles y los vehículos especiales del país son numerosos. Hay dos millones de bicicletas.

Los puertos son 1.463, con centenares de faros, balizas, etc. La marina mercante japonesa es importante, numerosa; y conoce todos los puertos del orbe. Son más de 15.000 barcos, que suman 3.400.000 tns. El ejército de guerra es de 5 millones.

Los Bancos se cuentan por millares, con muchas transacciones. Más de 12 millones de japoneses tenían ahorros en las Cajas.

También tienen importancia el número y operaciones de las Sociedades de seguros, la asistencia pública y la beneficencia. Se cuenta cerca de 1.300 hospitales-sanatorios, más de 45.000 médicos, 5.332 dentistas, 7.732 farmacéuticos. Los drogueros pasan de 34.000 y los policías de 47.000.



Japón.—Paisaje



LA EXCURSIÓN EUCARÍSTICA A VILLAVICIOSA

Estaba anunciada para el día 31 de agosto; pero fué el caso que después de mes y medio que no había caído una gota de agua, el día último de agosto, después de una noche de lluvia torrencial, amaneció lloviendo a mares. La gente sin embargo, en su mayor parte valiente, acudió a la cita y los portales que rodean la plaza de San Miguel se veían llenos de grupos de excursionistas.

No hubo más remedio que avisarles que podían retirarse, porque la expedición se difería para otra ocasión más oportuna que vino el 4 con un tiempo inmejorable. A la hora consabida partía el auto de la plaza, y con los recogidos hasta la Guía llevaba al salir de Gijón cerca de 80 personas entre chicos y grandes, todos cómodamente sentados.

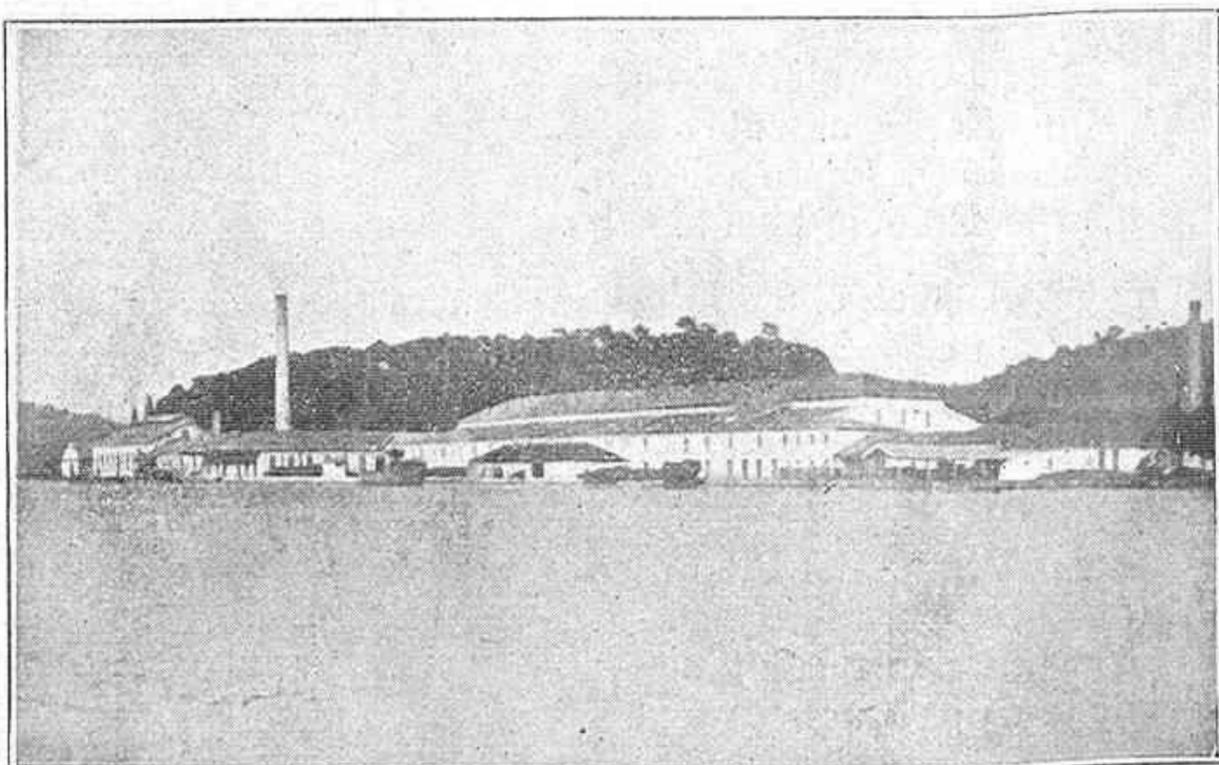
Nos esperaban los compañeros de Villaviciosa al llegar a esta villa, y recibiéndonos a bordo seguimos a Amandi, en cuya iglesia celebramos la fiesta religiosa con estreno de armonio y cánticos. Es iglesia pequeña, pero bonita, con partes de estilo románico y puerta principal de transición de mediados del siglo XIII.

Hemos de hacer constar desde estas líneas nuestro más sincero reconocimiento de gratitud en nombre de todos a D. Angel Fernández, quien con tanta amabilidad puso a nuestra disposición su hermosa finca, para que en ella pudiéramos desayunar, y con tanta generosidad nos proporcionó con qué mojar el desayuno.

Poco tiempo tuvimos para ver la fábrica el *Gaitero*, cuyas diversas dependencias e instalaciones visitamos (incluso hubo quien entró en el río). Pero sí estuvimos lo bastante para experimentar las atenciones de D. Obdulio Fernández, quien se deshizo en obsequiarnos y colmarnos de regalos. Sirva este pequeño recuerdo de agradecimiento por tantos obsequios.

Algo tarde salíamos de la Villa, camino de Gijón, y aunque no demasiado alegres, sí lo bastante para probar que no en vano veníamos de visitar una fábrica de sidra. A las 12 y $\frac{3}{4}$ pensábamos llegar a esta, pero tuvimos que detenernos a mitad de camino a reparar averías; ¡qué sed! sentíamos algunos. Los Sres. Albert refrescaron nuestras gargantas cuando al pasar por su finca nos llenaron de sazónada fruta.

Por fin a Dios gracias si novedad, a las 2 menos $\frac{1}{4}$ estábamos de vuelta en la plaza San Miguel. Hermosa mañana, que recuerdo con fruición y deseo se repita alguna otra vez.



La Virgen del Pilar y la jota aragonesa

Es la *jota aragonesa* entre las canciones populares de España la más patriótica y religiosa; la que mejor une los dos sentimientos que completan la vida nacional, el amor a las creencias y el amor a la patria.

*Hay en el mundo una España
y en España un Aragón
y en Aragón una Virgen
gloria del pueblo español.*

En ella se mezclan y enlazan otros afectos, pero subordinados al extraordinario cariño a la Pilarica, porque

Todos los aragoneses
llevan al pecho colgada
la imagen de su patrona
en una cinta morada.

pero no debe jamás olvidarse que

La jota no dice jota,
cuando en Aragón se canta;
dice amor y dice guerra.
dice madre y dice patria.

La mayoría de las coplas se refieren a aquel período de titánica lucha, inmortalizada en los dos sitios contra las tropas napoleónicas; pero la más popular proclama que

La historia de Zaragoza
tiene muy pocas palabras
no hace falta mucha tinta;
Pilar, Caridad y Patria.

No obstante

Aquel que quiera saber
lo que Zaragoza vale
que se lo pregunte a Francia,
porque Francia bien lo sabe.

Supone el pueblo que Nuestra Señora del Pilar no quiso hacer causa común con los invasores, y como protesta contra los que se pusieron al servicio del rey José, proclaman que

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

y refiriéndose al sitio de la ciudad siempre invicta, manifiesta que

Cuando estaba Zaragoza
sitiada por los franceses,
la Virgen del Pilar era
amparo de aragoneses.

A su vez ellos, en otra copla, se dirigieron a su patrona y la dicen:

Virgen del Pilar hermosa
no temas a los tiranos,
mientras haya en Zaragoza
labradores y artesanos.

Para los aragoneses

El Pilar es el peñón
y La Seo la muralla;
en cada calle un cañón
para defender a España;

comprobando este cantar que ellos peleaban no solo por su ciudad, sino por la nación entera.

En Torrero tiran bombas,
y en el castillo granadas,
y la Virgen del Pilar
con el manto los ampara;

pero el gran amor de los aragoneses a su Patrona hacía temer a los que estaban fuera de la capital que las balas enemigas destruyeran la imagen venerada y este temor le expresa el cantar siguiente:

Virgen del Pilar hermosa,
ya te habrán hecho pedazos;
del campo de Cariñena
se sienten los cañonazos.

Reconocen todos el heroísmo de Agustina de Aragón, y la más notable de sus hazañas la perpetúa esta copla:

No hay mujer más atrevida
que Agustina de Aragón,
que en la puerta del Portillo
ella disparó el cañón,

y para demostrar que el pueblo quiere conservar el recuerdo de sus hijos ilustres, basta citar la siguiente jota:

Zaragoza se merece
un hermoso panteón
con un letrero que diga
Agustina de Aragón.

Atribuyó la masa popular la rendición de la ciudad a que se descuidó su celestial protectora y con gran ingenuidad lo declara de este modo:

Virgen del Pilar hermosa,
¿qué has hecho? que te has dormido;
y han entrado los franceses
por la puerta del Portillo.

Otra copla presenta a las zaragozanas de este modo:

A Zaragoza la noble
cuando la capitularon
todas las zaragozanas
a Dios le estaban llorando.

Pero tal vez inspirado por los que comprendían que era inevitable la entrega de la capital, apareció este cantar:

No pierde el aragonés
aunque viva en tierra extraña,
su amor a la Pilarica
y el recuerdo de su patria.

porque para los naturales de tan noble tierra, según otra de sus canciones

No hay patria como mi patria
ni tierra como Aragón,

ni corazón tan valiente
como nuestro corazón;

y además

Tienen los aragoneses
un orgullo singular,
porque tienen por patrona
a la Virgen del Pilar.

puesto que para ellos, sin tan excelsa protectora, nada sería ni la misma capital, como lo expresan cuando cantan

A la orillita del Ebro
me puse a considerar,
qué sería Zaragoza
sin la Virgen del Pilar.

porque hay que tener siempre presente que

Tres cosas tiene Aragón
que no se olvidan jamás,
el guitarrico, la jota
y la Virgen del Pilar.

Gabriel M.^a Vergara.

(De la *Estrella del Mar*).



ZARAGOZA.—Templo del Pilar, construido por Francisco Herrera. (Siglo XVII).

La Gran Cruzada

A la unión librera de editores se debe la organización de estas bib'iotecas, que instaladas bajo un criterio del más sano gusto literario y moral, están llamadas a recoger incalculables frutos en las parroquias; ya que todas pueden contar, por modestas que sean con este elemento de cultura y propaganda católica; donde los párrocos, los profesionales, los industriales y obreros, los jóvenes y los niños pueden hallar los libros propios de su edad y profesión.

La idea es no solo grandiosa sino también realizable, como de hecho se esta llevando a la práctica por la Unión librera, entidad que cuyo solo nombre es garantía del más feliz resultado. Expuesta por el Sr. Párroco la intención de establecer una biblioteca parroquial, la casa formula un presupuesto acomodado a las proporciones del proyecto, que puede ser más o menos extenso. En el presupuesto se expresan el importe de las obras solicitadas y la cuota inicial y mensual, trimestral o semestral, que cancela el importe.

Aceptado en principio este presupuesto, la casa se encarga de proporcionar al solicitante medios de propaganda para despertar sobre el proyecto el interés de los probables colaboradores, hasta que constituido el grupo de garantizadores suficiente para cubrir el importe de cada plazo, pueda extenderse con las firmas de todos ellos la póliza correspondiente a la operación total.

Respecto de la instalación misma, los contratos de la casa con los talleres de ebanistería la permiten ofrecer a ventajosos precios toda suerte de instalaciones. El presupuesto puede referirse no solo a los libros, de los que se hace lista detallada, con indicación de su precio en rústica, encuadernado; sino también a accesorios de enseñanza como linternas y cines didácticos. También en el presupuesto van indicados los precios de ficheros de clasificación y orden de la biblioteca y del ex-libris particular, si quiere poseerse.

Se ofrecen casos en que el proyecto tiene carácter más restringido; como biblioteca para una Asociación de Hijas de María, para un sindicato, para una congregación de Luises, un Patronato de obreras.

Insistimos en la importancia del proyecto que reseñamos, de esta *original cruzada* cuyos pormenores pueden verse explicados en el prospecto de la casa Subirana, Puertaferri, 14; Barcelona.

Poesía Modernista

El que por una delicuente cuenta
La del pintor de pincelada helada,
Y por ser loca rematada... atada,
Diga que debe estar durmiente ¿miente?

No: no es poeta el decadente ente
De cuya voz alambicada, cada
Forma de puro avinagrada, agrada;
Mas no fascina a inteligente gente.

Haz que te inspire tu guardiana; Diana,
Tus versos huelen a olorosa, rosa.
Sea tu musa castellana llana.

No sea nunca la insidiosa diosa
De la moderna caravana vana,
Que el verso convirtió en leprosa prosa.

Nazario Restrepo.

CONTRADICCIONES

Hablando varios cazadores de tiros raros y de heridas poco comunes, un andaluz que era del oficio les dijo:

—Nadie ha hecho en este punto lo que yo. De un balazo, dejé a una cierva herida en la punta de la oreja derecha y en la punta de la pezuña del pie izquierdo.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—exclamaron a la vez todos los concurrentes. —¿Cómo diablos había de estar esa cierva para recibir dos heridas tan separadas de un balazo?

—Poco a poco, caballeros—repuso tranquilamente el hijo de Sevilla.—Cuando yo la apunté se estaba rascando.

—¡Esas campanas! ¡esas campanas! Yo acabaría con todos las campanadas, campanarios y campaneros, y se libraría de esa molestia la vida social.

—¿Pues qué me dirá usted de las orquestas nocturnas, de los bailes, que dan música al vecindario entero y nos hacen pasar casi toda la noche de claro en claro?

—Verá usted; en la vida social ha de haber necesariamente cosas molestas, y no hay más remedio que aguantarlas.

—Vea usted qué láminas. ¡Parece imposible que la autoridad consienta tamaños atrevimientos contra la moral y el decoro!

—Pues sosiéguese usted. Yo sé que hoy mismo el gobernador pondrá en ellos la mano y echará a la cárcel a esos traficantes sir vergüenza.

—¡Hombre, no hay necesidad de tanto rigor! Eso es ya mojigatería propia de gobernador clerical, inquisitorial escrupuloso.



FARMACIA Y DROGUERIA

DE

J. Escalera Blanco

(Casa fundada en 1873)

GIJÓN

Teléfono 145 - San Bernardo, 47

Lecciones prácticas de Inglés

con pronunciación figurada (5 ptas.)

Trozos selectos y graduados de Inglés

con pronunciación figurada (6 ptas.)

POR EL P. Victoriano Arenas, S. J.

GIJÓN. — Colegio de la Inmaculada. — Apartado, 32.

MADRID. — Librería de Hijos de Gregorio del Amo. — Paz, 6.

BARCELONA. — Librería de Miguel Casals. — Apartado, 776.

Ultramarinos y Coloniales

— DE —

EVARISTO FERNANDEZ

Especialidad en artículos extranjeros y del país. — Vinos y licores de todas las marcas

San Bernardo 76, Jovellanos. — Teléfono 15

GIJÓN

Librería, Papelería y Objetos de Escritorio

C. FERNANDEZ SUCESOR
DE SANGENÍS

Trabajos de imprenta de todas clases

servidos rápidamente.

Corrida, núm. 63

GIJÓN

Teléfono, núm. 372



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ